



Universidad Nacional de
Rosario Facultad de Psicología
Trabajo integrador final
Ensayo

“El cuerpo como territorio de significantes”

Autora: Susana Comi

C-3244/1

Docente responsable: Cecilia Gangli

2020

Agradecimientos

Este trabajo es la culminación de un deseo atesorado por muchos años. Quiero agradecer a todos los docentes que hicieron apasionante el cursado. A Mauro Eyras que me alentó y me aportó claridad conceptual para este trabajo. A Cecilia Gangli que con su calidez y dedicación me animó a escribirlo y me orientó en la producción.

A mi compañera de miles de lecturas y especial interlocutora, Patricia Tejeda

A quien me ayudó a perderle el miedo a Lacan, Fátima Torres.

A mi compañero Nire y mis hijos Lucas, Agustina y Luisina, ellos, con su apoyo infinito y su compañía cariñosa, me ayudaron a terminar la carrera.

Y al Estado, por garantizar una educación universitaria gratuita y de calidad.

.....6	La	imagen	del
cuerpo.....			
.....8	El		cuerpo
significante.....			
.....9			
Las ficciones			
sociales.....			
.....10	¿Cómo operan las ficciones sociales sobre nuestros		
cuerpos?.....	12		
Conclusión.....			
.....14	Referencias		
bibliográficas.....			
.....16			

Resumen

En el presente escrito se ensaya una articulación en relación al avance del neoliberalismo sobre el cuerpo y las ficciones sociales. Avance mediado por los imperativos de felicidad y eficiencia que se expresan en una violencia simbólica que atrapa y formatea la subjetividad de la época.

Al poner en tensión los conceptos de cuerpo y ficciones sociales, desde una mirada psicoanalítica, es posible la reflexión sobre el modo actual de establecer un lazo social y las formas en la que se presenta el malestar.

El interés está puesto en realizar una lectura de las marcas significantes que expresa nuestro cuerpo, suponiendo al mismo como territorio de significantes. Esa lectura está travesada por la pregunta respecto de, cómo preservar algo del sujeto para que la captura de su subjetividad no sea completa. Se concluye que la clave está en los cuerpos y en el psicoanálisis.

Palabras clave: Cuerpo- ficciones sociales- psicoanálisis.

4

Introducción:

Los tiempos de la posmodernidad suponen hombres y mujeres que viven sin ideales, pretendiendo no necesitarlos. La modernidad vació el cielo de ideales para realizarlos en la tierra, y ahora la posmodernidad rechaza esos retoños secularizados, ya no cree en ellos. (Pommier, 2002, p. 2).

La ausencia de ideales, el estar privados de un más allá de la muerte, de un ideal transmisible, nos hace comportarnos como si fuéramos el último ser sobre la tierra. Pareciera que no hay herencia a transmitir...

Hoy nos asusta pensar el mañana. Vivimos alocadamente el presente, obsesionados por ideas de consumo y por alcanzar estereotipos sociales que afectan, tanto a nuestra forma de manejarnos en el mundo, como a nuestros cuerpos.

Pero, ¿es posible la vida sin un ideal?, ¿cómo se sostienen los cuerpos en este mundo? Sabemos que tenemos un cuerpo y ello supone que podemos hacer algo con él a cada momento, pero no podemos definir claramente qué es nuestro cuerpo, no tenemos muy en claro sus límites, sólo tenemos una idea. Siempre captamos un cuerpo por pedazos, al mirarnos al espejo, al padecer un dolor, al tener sensaciones. También captamos al Otro destrozado, así se impone una violencia en todo lo que viene del Otro (Pommier, 1993). Pero necesitamos situar nuestro cuerpo en este mundo, asegurar su presencia y su relación con los otros desde un lazo social que no sea el de la violencia y el despedazamiento. Por ello, toman dimensión las ficciones, las historias que permiten aprehender al Otro sin toda esa violencia; ficciones que se constituyen como sociales, en tanto red de representaciones, deseos, afectos que una sociedad construye para sostenerse a sí misma, sin poder explicar cuándo, ni dónde emergen. Estas ficciones operan en nuestros cuerpos, dejan marcas significantes.

Nos proponemos, entonces, posicionarnos desde el psicoanálisis frente al orden biológico y, así, intentar delinear qué se entiende por cuerpo desde las similitudes y diferencias en Freud y Lacan, sosteniendo su necesaria implicación, dado que el ser hablante encarna el padecimiento en el propio cuerpo. Intentaremos reflexionar sobre esas marcas, pretendiendo desentrañar si efectivamente son efectos de las ficciones sociales. Para ello, se hace imperativo delinear el estatuto del cuerpo y analizar cómo operan las ficciones sociales en el trazado de nuestros cuerpos.

El cuerpo

Del goce del cuerpo

En el sujeto hablante, el cuerpo se constituye como cuerpo de goce, que se articula en lo que habla. Indagar esta concepción nos invita a pensar el cuerpo como el lugar donde se inscriben las marcas significantes.

Al hablar usamos el lenguaje que nos constriñe, nos constituye en quienes somos, múltiples significantes nos nombran, anteceden a nuestro nacimiento y nos inscriben en un orden filiatorio, con su consecuente entrada en la legalidad. Los progenitores, o quienes adopten una posición parental, crean relatos en torno a la llegada del niño al mundo y proyectan sus preferencias, sus futuras destrezas e imposibilidades. El sujeto es efecto del encuentro del cuerpo con las palabras. No hay cuerpo sin palabras y tampoco

sujeto sin cuerpo y palabras. La génesis del cuerpo es biológica pero la del sujeto dependerá de la subjetivación de ese cuerpo.

Esto nos lleva a pensar al cuerpo como un envoltorio, una vestimenta de múltiples significantes que fueron horadándolo, vaciándolo, abriéndolo al deseo, aunque sepamos que una satisfacción completa es imposible. No hay significante que colme al cuerpo, ninguno puede nombrarlo por completo.

Nuestro cuerpo también está cargado de señales extrañas que son sus caracteres sexuales, caracteres que vienen de más allá y hacen que el cuerpo se repita estando sometido tanto a la vida como a la muerte, expuesto a la finitud y a la imperiosa necesidad de la reproducción para mantener la especie. Lacan (2015a p.13) sostiene que “es falso, pues, decir que hay separación del soma y el germen, ya que, por hospedar este germen, el cuerpo lleva huellas”. Aunque estas huellas no sean más que eso, huellas. De ellas no depende el goce del cuerpo, en tanto simboliza al Otro.

Intentemos balizar un camino para abordar qué es un cuerpo desde el psicoanálisis. Lacan sostiene, “un cuerpo es algo que se goza. No se goza sino corporeizándolo de manera significativa”. (op.cit, p. 32). Significantes que dan cuenta de que el goce existe, que se puede hacer algo con él. La pulsión resuena en el cuerpo, pulsa como efecto de un decir, porque el cuerpo es sensible por lo que escucha, por la voz y también por la mirada, que le devuelve una forma.

Esto nos lleva a pensar, que el cuerpo al que le da prioridad el psicoanálisis, no es biológico. Este cuerpo tiene una impronta intangible, un carácter incorpóreo, está horadado por el deseo y sólo alcanza el logro parcial de una satisfacción.

¿Cómo pensar el cuerpo en la complejidad de la vida actual? Ésta no parece estar alejada del goce. Todos estamos tras la búsqueda de aquello que nos da placer, pero ¿estamos frente a la verdad de nuestro deseo? ¿O somos conducidos a una vida sin falta, una búsqueda inquietante e incesante de objetos que se nos presentan como circuitos más cortos de satisfacción inmediata? Circuitos de un supuesto goce en el que no hay rodeo, por lo tanto, no hay algo que se articule al deseo. La falta nos anudaría más a la vida, y no tanto a la muerte.

En este sentido, lo que se propone el capitalismo - la búsqueda de incesantes objetos materiales para colmar una falta imposible de llenar, lazos virtuales que simulan amistades ficticias, cirugías que intentan detener el paso del tiempo cronológico- obturan la realización de duelos cotidianos y resultan modos de captura de nuestra subjetividad alienada y alejada de nuestro deseo.

6

Por lo expresado anteriormente, nuestra inquietud reside en las consecuencias corporales que producen los imperativos del tiempo en el que vivimos. Preocupación que nos lleva a una relectura de los conceptos de Freud y Lacan sobre el cuerpo.

“El yo es sobre todo una esencia-cuerpo; no es sólo una esencia-superficie, sino, él mismo, la proyección de una superficie” (Freud, 1979, p.27). En el año 1923, Freud plantea que el yo es la proyección psíquica de la superficie del cuerpo, además de representar la superficie del aparato psíquico, también es la parte del ello alterada por la influencia directa del mundo exterior.

Dirá que el yo recibe influencias del mundo exterior, también las recibe del propio cuerpo y del ello. Gobierna los accesos a la motilidad, y ésta se expresa con y en el cuerpo, en tanto parte del sistema perceptivo, por lo que está en contacto con el mundo exterior. Esta motilidad, actualmente, pareciera estar dirigida a alcanzar aquellos objetos que, supuestamente, provocan felicidad. El yo, como parte del ello alterada por el mundo

exterior, conduce la satisfacción de las pulsiones hacia la obtención de estos objetos, que se presentan como objetos materiales y como categorías cargadas de valores a alcanzar. Estas pulsiones no necesitan pasar por los otros, en tanto el sujeto se encuentra reducido a un autoerotismo que le brinda una satisfacción inmediata, pero que afecta directamente en la construcción de sus lazos.

Freud también afirma que el carácter del yo se forma por sedimentación de investiduras de objetos perdidos, que se erigen al modo de identificaciones, objetos que el sujeto invierte en su salida al mundo. El neoliberalismo nos expone al encuentro de esos objetos, sometiéndonos a ser parte de una proliferación de discursos que conducen al sujeto a gestionar la propia existencia desde la lógica del mercado, es decir, ser un empresario de sí mismo, el reforzamiento del yo, las terapias de autoayuda, modos de habitar el mundo que no tienden al encuentro con el deseo. También acentúan el sentimiento de culpabilidad por la propia finitud y por aquello que no puede ser alcanzado. Esta maquinaria de desimbolización del sujeto con la verdad de su deseo, sólo intenta fabricar un hombre nuevo, sin legados simbólicos y sin preguntas.

Estas concepciones nos llevan a pensar al cuerpo en relación directa con el yo, decir esencia-cuerpo supone que no podemos pensar al yo sin cuerpo. Es superficie, es cuerpo. Esta unidad llamada yo tiene una parte consciente y una inconsciente, que siempre se encuentra en franca negociación permanente con el ello, el superyó y con el ambiente. Un superyó que le exige gozar, un ello que tiende a la satisfacción de las pulsiones, un ambiente voraz, que se propone dominar al sujeto de la época a partir de la construcción de dispositivos que intentan destruir el campo simbólico que antecede al sujeto, un campo que nos hace posible tener una historia, ancestros, una familia, memoria, formar parte de una temporalidad, por lo cual sus intentos de destrucción apuntan al botín del capitalismo: la producción misma de la subjetividad a través de los medios de comunicación y las corporaciones.

La imagen del cuerpo

Lacan, por su parte, tomando como puntapié la idea de esencia-cuerpo, abordará la constitución del yo complejizando y reelaborando esta noción de fase del espejo, llegando a considerarla como base de la estructuración imaginaria.

Él describe la formación del yo por medio de una identificación a una imagen del cuerpo. La imagen en cuestión es la imagen especular, reflejo del propio cuerpo, momento de júbilo para el niño. Dicha identificación es impulsada por el estado de desvalimiento en que se encuentra el ser humano al nacer. En la identificación especular, el niño logra una idea del cuerpo como unificado. El niño le pide a ese Otro con mayúscula que ratifique el valor de esta imagen. El espejo devuelve una imagen entera que se opone a la sensación de fragmentación que padece el niño.

Queda, entonces, planteada una construcción engañosa, producto de esa

identificación que da una idea de unificación, cuando en realidad hay algo no especularizable en esa imagen del cuerpo, un resto, al que Lacan llama el objeto *a*. Así, la imagen con la que el yo se identifica toma una dimensión estructurante.

Esta introducción del sujeto barrado en el orden imaginario, tiene una matriz simbólica que la determina. Se sostiene en la figura del adulto que da sentimiento, ratificación y valor a la imagen de la que el niño se apropia. El recurso que utiliza el niño es la mirada del Otro. Esta mirada representa el lugar simbólico que tiene el niño en el deseo del Otro, el adulto devuelve con esa mirada un sostén, una imagen completa que dará lugar a un yo, encuentro de la imagen de esos cuerpos. El hecho de poder asumir la imagen especular como propia depende, por lo tanto, del lugar que el Otro otorgue a ese niño en su deseo, la manera en que fue deseado.

Sabemos, entonces, que el yo se constituye por la identificación a una imagen del cuerpo pero, ¿qué imagen devuelve el espejo al sujeto adulto? Tener un cuerpo nos lleva a estar profundamente capturados por esa imagen que da forma al cuerpo, adquiriendo su peso por vía de la mirada. Una mirada que hoy está cargada de exigencias, en cuanto al perfil que se espera del sujeto de la época.

La captura narcisista que nos proponen las ficciones sociales, los imperativos del mercado que rechazan lo singular y avanzan hacia una vida en la que la exaltación, casi obscena, de los cuerpos a través de la publicidad, provoca una distancia cada vez mayor entre la imagen que vemos de nuestro cuerpo y la idea que tenemos de cómo debería ser. Para muchos, aceptar la imagen resulta imposible, porque no se corresponde con su ideal, y ello provoca síntomas que se leen en el cuerpo.

El empuje al goce que propone el capitalismo, mecanismo de poder del neoliberalismo, a través de su imperativo de felicidad, con su ineludible consecuencia en los lazos; el gozar a más no poder, el ideal de la productividad eficiente y exitosa, el ideal de la vida feliz donde todo está permitido sin culpa alguna, ponen al sujeto en una particular relación con su cuerpo que deja por fuera las marcas del paso del tiempo y su aceptación, y lo confina a un delirio de inmortalidad con la innegable imposibilidad de aceptar la muerte como parte de la vida. Aceptar la muerte, la vejez, los duelos sería aceptarse castrado y, actualmente, las personas insisten en mantenerse inocentes, a condición de no enterarse que algo falta. No queremos saber de nuestra castración y nos servimos de todo lo que esté al alcance para hacerlo.

El cuerpo significante

“Recordemos, pues, cómo la relación especular ocupa su lugar y de qué modo depende del hecho de que el sujeto se constituye en el lugar del Otro y su marca se constituye en la relación con el significante” (Lacan, 2015b, p. 42) Tenemos así un vínculo inaugural de la relación con el Otro y el advenimiento de la función de la imagen especular, momento fundante en cuanto a la inscripción en el lenguaje. A la hora de nacer sólo somos un cachorro humano, hay cuerpo biológico, pero habrá algo más, en tanto haya una inscripción en la cultura realizada por un Otro, una inscripción en el lenguaje.

Cuando el niño se sube al mundo tiene que ser recibido por alguien que lo espere. El niño tiene que ser alojado: se produce un encuentro, una investidura libidinal del cuerpo, una investidura fálica, dado que tiene que haber alguien que ponga al niño en

contacto con el hecho de que se habla. El mundo y el lugar al que el niño llega es el lugar donde las cosas del mundo vienen a decirse. Los padres o cuidadores le hablan al niño, lo introducen en la función del simbolismo, no porque sea un símbolo, sino porque llevará la marca bajo la cual lo aceptaron los padres. Significantes que impactan en ese cuerpo, marcan zonas erógenas, nombran. “Pensamos con palabras. El hombre piensa con ayuda de las palabras. Y es en el encuentro entre esas palabras y su cuerpo donde algo se esboza” (Lacan, 1975, p. 5).

En el párrafo anterior, expresábamos la importancia para el niño de ser deseado. Resaltamos aquí que, la forma en la que fue deseado, la mutua aceptación, el rechazo o falta de interés de uno de ellos, establecen marcas que van constituyendo un cuerpo de significantes.

Lacan habla de que el niño se sube al mundo creado por los significantes, entendiendo que el mundo es una escena, un cosmos, una armonía, que es el mismo engaño que la imagen unificada del cuerpo. Concebir al mundo como armónico es también un engaño, por la perspectiva que tenemos por cómo se constituye nuestro cuerpo. Lacan sostiene que este mundo redondo se construye gracias a las ficciones, a las historias y a la historia con H mayúscula.

Un mundo que no es armónico en el que ha habido un corrimiento de los ideales, un mundo que necesitamos habitar, haciendo lugar a nuestro cuerpo.

Las ficciones sociales

Al hablar de sus sueños más allá del cuerpo, los hombres existen y la narración de la historia mayúscula como la de las novelas íntimas, lo mantienen a flote. Las historias montan guardia como centinelas cercanos, sostienen en primera línea la existencia de cada sujeto. No existe inconsciente colectivo, sino que las ficciones colectivas conducen a la eficacia de cada inconsciente. Las ficciones transfiguran el pasado y proponen un futuro edénico: de esta manera el cuerpo es lastrado por los ideales, los pies tocan el suelo gracias a sus sueños. (Pommier, 2002, p.14).

Gerard Pommier nos presenta su lectura sobre la forma de habitar este mundo, en

un tiempo al que él llama posmodernismo. Resalta que el hombre ya no se entusiasma con un futuro prometedor, antes o después de la muerte, sino que “se deshace de los santos, de las vírgenes locas, de los generales y de sus hermosas guerras” (op. cit., p. 77). La caída de los ideales de la modernidad hace lugar a la construcción de las ficciones que nos ayudan a calmar nuestra angustia y a soportar el malestar que se manifiesta en nuestros cuerpos y en el modo de relacionarnos.

En vistas de este planteo, ¿cómo situamos nuestros cuerpos en este mundo? Pommier (1993) sostiene que necesitamos de los demás para situar su existencia, que nuestra investidura psíquica se logra gracias a las ficciones.

Ahondemos en la investidura psíquica del cuerpo. Sabemos que nuestro cuerpo fue en un primer momento al lugar del falo, algo misterioso a aprehender, es decir que fue identificado a un vacío, por lo tanto sólo tenemos una idea del cuerpo. Esto implica que podemos saber de él, sólo a través de las pulsiones parciales; no podemos captar un cuerpo entero, sino por pedazos. A consecuencia de ello nos enfrentamos a una violencia de todo lo que viene del Otro. ¿Qué podemos hacer con esa violencia? Misma violencia que se presenta tanto en el amor como en el odio, en relación al cuerpo del otro.

Para dilucidar la problemática ensayando una respuesta, Pommier (1993) se pregunta: “¿Cómo se puede aprehender el Otro sin toda esa violencia, sino gracias a lo simbólico y a las ficciones que permiten situar a este Otro como Otro con el cual podemos hablar? (p. 155). La respuesta se cierne en que sólo a través de las ficciones, de las historias, se posibilitan lazos, por fuera de la violencia o el despedazamiento.

Las ficciones nos proponen un más allá de la imagen que esclarece el entendimiento sobre el tipo de anudamiento a lo imaginario y lo simbólico; de este modo, no todo termina en la imagen especular.

Este anudamiento nos contextualiza en la predisposición al lenguaje del ser parlante, especificidad que da cuenta de la historia singular en la que cada uno está inmerso, de las historias y de la Historia que nos contienen. Esta historia no impacta en todos los miembros de la familia de la misma forma, porque la fidelidad no es conforme al pasado, conforme a lo que sucedió exactamente. Supone un acto de creación, una transformación, un armado singular.

Cada sujeto es inventor de algo nuevo. Se abre espacio a la creación, a la ficción. Opera siempre la represión sobre una parte de la historia, por lo cual, aquello que fue deseado dentro de la familia y luego reprimido, se encontrará transformado, velado, afuera. Esa represión, ese rechazo, se puede sostener gracias a la existencia de las ficciones.

10

Un punto importante a recordar es que el posmodernismo, como lo define Pommier, es un tiempo en el que faltan los ideales, propios de la modernidad, que suponían el progreso del hombre; esto pone en un lugar apreciado y necesario, la construcción de ficciones que nos permitan soportar el dolor de existir, crear un lazo con los otros desde el consenso y no desde el despedazamiento. “El condicional de las ficciones crea la historia, teje el tiempo histórico” (Pommier, 2002, p. 37).

Orientemos nuestra mirada exhaustiva, sobre este tiempo histórico también llamado neoliberalismo, en el que el capitalismo somete, es coercitivo, cuyos objetivos bien definidos y focalizados proponen una realidad que favorece la sumisión y la dependencia humana, desarticulando procesos emancipatorios.

El poder no solamente nos oprime, sino que fabrica consensos, establece la

orientación subjetiva y produce una trama simbólica que funciona de modo invisible, naturalizando las ideas dominantes y donde siempre, y en esto consiste su éxito definitivo, esconde su acto de imposición. (Aleman, 2016, p.13).

Esta afirmación de Jorge Aleman nos enfrenta a nuestro presente, al contenido de nuestras ficciones. Somos parte de un sometimiento al que ya hemos naturalizado y nos cuesta discernir su extensión sobre nuestras vidas. El sentido de nuestras elecciones, nuestras costumbres, nuestra subjetividad toda, están teñidos del carácter del capitalismo. Éste se expande ilimitadamente y configura la subjetividad del sujeto de la época.

Pero vayamos a la palabra de Lacan cuando explica nuestra razón en el Seminario 10. Lacan dirá que en un primer tiempo, „hay el mundo“. Mundo que sólo puede ser alcanzado a través de la razón analítica. Esta lectura le permite abordar la dimensión de la escena estableciendo la distinción entre el mundo y aquel lugar donde las cosas vienen a decirse. Las leyes del significante son las que hacen entrar en escena las cosas del mundo, es decir, que la inmensidad de las cosas del mundo existirán para nosotros en tanto sean dichas. “Así, primer tiempo, el mundo. Segundo tiempo, la escena a la que hacemos que suba este mundo. La escena es la dimensión de la historia” (Lacan, 2015, p. 43).

Luego subraya que la historia tiene siempre un carácter de puesta en escena, de modo que los consensos que establecen nuestra orientación subjetiva, la trama simbólica que desarrollaba Aleman, es la que le da la forma a “la escena dentro de la escena” (ibid.).

Todo lo precedente viene a subrayar que las fechas históricas tienen un valor singular para cada uno de nosotros, tienen otro sentido más allá del calendario. Las evocamos porque nos aportan una marca que se presenta como diferencia o repetición. Lacan expone que aquello a lo que hemos llamado mundo al comienzo es un conjunto, un amontonamiento de restos de mundos que se han ido sucediendo en el interior de cada uno de nosotros y nos es vehiculizado a través de la cultura. Recordemos aquí el acto de creación, de transformación, que desarrollaba Pommier al desmenuzar la forma de hacer lazo con el Otro recreando la propia historia.

¿Cómo operan las ficciones sociales sobre nuestros cuerpos?

En un intento por imbricar los restos de mundos con las ficciones colectivas, podemos pensarlos como representaciones que, a lo largo de la historia, se han ido constituyendo y que operan sobre el sujeto de la época, anudando los cuerpos a través de los lazos.

Nos enfrentamos entonces a un tiempo en que faltan los ideales propios de la religión, de la política, del progreso de la humanidad. Sin embargo, se observa una secularización en el discurso de la ciencia. La ciencia, específicamente su discurso científico, toma un formato casi religioso. Muchas de las históricas discusiones, como la de los luteranos y protestantes, reaparecen en una nueva segregación entre fumadores y no fumadores, carnívoros y vegetarianos, por citar algunos ejemplos. Este pasaje nos

permite pensar que no se trata de una desaparición total de los ideales, sino de una represión de los mismos, por el discurso científico. Esos ideales reprimidos retornan desfigurados en ese mismo discurso. La ciencia está funcionando como una ficción, creemos en ella y depositamos una total confianza en su progreso, al modelo de la fe religiosa.

La postura del discurso médico respecto del cuerpo, intentando dar respuestas y soluciones al sufrimiento psíquico desde el funcionamiento de las neuronas, el descubrimiento de un nuevo gen o el control de las emociones, es un fortalecido intento de concebir un cuerpo escindido de los lazos sociales, un cuerpo puramente biológico.

Hoy se nos convoca a ser competitivos y eficientes. Nos encontramos avasallados por mensajes del mercado que nos imponen una vida feliz y realizada. Nike: «*Just do it*» (Solo hazlo). Adidas: «*Impossible is nothing*» (Nada es imposible). L'Oréal: «*Because you're worth it*» (Porque tú lo vales). Visa: «*It's everywhere you want to be*» (Está en todas partes donde quieres estar). Estos son algunos eslóganes que escuchamos con frecuencia en los medios de comunicación y que ya tenemos aprehendidos. Son el testimonio de una violencia simbólica que se impone, sin necesitar de otros modos de opresión externa, dada su enorme potencia de producir subjetividades. Se impone y todos la sentimos como propia, los sujetos se encuentran capturados, dependientes a múltiples dispositivos que conforman la subjetividad. „Just do it“, „Simplemente hazlo“ eslogan de una marca internacional que impulsa a hacer de cualquier modo, dejando en falta a quien no lo logre. No se trata en este caso de la falta que es causa del deseo, sino aquella que completa, tapon. Asumimos esta posición y tomamos como un problema de incapacidad personal, aquello que es propio del sistema de dominación, con la consecuente angustia e insatisfacción que provoca. El capitalismo rechaza lo más propio, la diferencia que constituye a cada sujeto, lo irrepetible, la singularidad irreductible.

El sujeto de la época, se esfuerza por encajar en los cánones de belleza acomodándose a la moda, somete el cuerpo a cirugías e intervenciones para sostener el ideal de eterna juventud; expone su vida en las redes sociales, en una búsqueda alocada por alcanzar cantidad de *likes* y mayor números de visitas a su página, dando forma a una vida de mostración, en la que él mismo es extraño en su propia vida, „extimio“, el ser humano reside en esta extraterritorialidad, sin poder distinguir lo real de lo virtual.

La vida en internet, las fotos selfies, las filmaciones, van en el sentido de poder darle cuenta al otro, a un otro virtual, de haber estado allí, aunque tal vez, sólo sacando fotos, de modo que su implicación en la escena sólo se da a condición de estar ausente. Pommier (2002) expresa: “Me volví el turista de mi propia vida, recorro el museo de mi

12
existencia” (p. 15). Entonces, ¿qué queda de lo singular, de lo propio del sujeto? Esta vuelta al narcisismo primario, a aquello que remite a lo autoerótico, a aquello que no necesita del otro, se da a consecuencia de la falta del ideal del yo y, en su lugar, queda el yo ideal, dando fuerza y presencia a lo incestuoso.

“Enfermedad, muerte, renuncia al goce, restricción de la voluntad propia, no han de tener vigencia para el niño, las leyes de la naturaleza y de la sociedad han de cesar ante él, y realmente debe ser de nuevo el centro y el núcleo de la creación”. (Freud, 1979, p. 88).

Estas palabras de Freud nos remiten al amor paternal al que él define como narcisismo redivivo de los padres, dado este prístino interés de proteger al niño de todo aquello que debió ser renunciado tempranamente. En este nuevo retorno al que aludimos

pareciera que se pone al propio yo como centro de toda la libido, tratándose a sí mismo como al niño que alguna vez fue, su *Majestad el bebé*. Todo debe ceder ante él, ninguna renuncia tiene lugar.

Aquella perfección narcisista de la infancia es recobrada, pero no en el ideal del yo como plantea Freud, sino en este yo ideal, asidero de todas las perfecciones. La caída del ideal del yo propicia una regresión al pasado, una regresión al yo ideal donde el lazo con los otros no tiene valor, con el consecuente riesgo del retorno de ideales horrorosos del pasado como la xenofobia, el nacionalismo, el racismo, la violencia como forma de castigo.

En definitiva, ideales mortíferos que enmascaradamente actúan sobre los lazos sociales. La tutela de estos ideales corre a cargo de la potencia de las exigencias del mercado, tendientes al individualismo; lugar, por cierto, donde no se puede inscribir la propia diferencia porque elimina la alteridad.

Cada sujeto arma su escena dentro de la escena del mundo y es en el cuerpo donde expresa su síntoma. Por ello, intentar responder a la demanda compulsiva del neoliberalismo, nos somete a un estado de continua sollicitación, a un estado de ansiedad entendida como “estado de avidez constante que se fija a determinados objetos exteriores que cumplen ciertos requisitos y que una vez obtenidos son abandonados” (Fernandez Miranda, 2019, p. 30) y cambiados por otros.

Esta relación pone al objeto en el lugar de causa de la sensación de felicidad, es el objeto el que conforme a su proximidad, nos hace experimentar felicidad. Así se establece un circuito tortuoso en el que el condicional del tener y el hacer, funcionan como promesa de un pronto bienestar. La única manera de preservar la felicidad es posponiéndola. Aun así, nadie quiere perderse esta oportunidad, aunque el costo sea un sufrimiento psíquico que no da tregua y formatee cuerpos cansados, cuerpos exhaustos, cuerpos enfermos.

Conclusión

El presente trabajo intenta desarrollar conceptos que permitan comprender al cuerpo como territorio de significantes.

Nuestro cuerpo está hecho de palabras: las que nos esperaron antes de nuestra llegada al mundo, las que nos alojaron, las que nos inscribieron en el lenguaje, aquellas con las que armamos nuestra escena en la escena del mundo, las de las historias de las que formamos parte. También está sostenido por miradas que no se reflejan y por ecos, al modo de retornos de viejas notas reprimidas. Nuestro cuerpo está sujeto a una historia.

Pero vivimos en un tiempo en el que el neoliberalismo, a través de sus mecanismos, se propone la captura de la subjetividad del sujeto de la época. Esto nos lleva a preguntarnos ¿cómo preservar algo del sujeto para que la captura de su

subjetividad no sea total?

Actualmente el sujeto no se puede desconectar de la lógica del mercado. Los medios de comunicación, los mecanismos de control a través de nuestros ingresos en la red, hacen que el poder tenga noticia de todas nuestras elecciones, nuestras preferencias, hasta nuestra intimidad, con nuestro consabido consentimiento.

¿Es un camino sin retorno? Me animaría a sostener que la clave a leer está en los cuerpos y en el psicoanálisis. Cuerpos como bastiones de resistencia, el psicoanálisis como una herramienta.

Tatuajes, mutilaciones, marcas, fotografías en espejo, son claros ejemplos de reproducción narcisista. Pero, al mismo tiempo, parecen esfuerzos desesperados del sujeto por rescatar algo de lo propio, algo de lo que fue rechazado por el discurso capitalista en su homogenización aplastante. Esta dominación que se expresa en los modos de relacionarnos con los otros se pone de manifiesto en nuestros cuerpos.

Algo del cuerpo, a pesar de todo, resiste la virtualización e insiste retornando en los sueños, en los síntomas, en los lapsus, en los actos fallidos, en la emergencia de ese sujeto que no se deja apropiar por la globalización del mercado.

El cuerpo al hacer síntoma da cuenta de un pensamiento que, por intolerable, fue reprimido. Un significante que marca el cuerpo, interdice el goce, lo prohíbe, lo barra, y al mismo tiempo, lo dice. Es decir que afecta el cuerpo, lo sofoca, lo hace gozar.

Sabemos que el síntoma “no llama a la interpretación, como lo hace el acting out” (Schejtman, 2013, p.38) aunque sí pueda ser interpretado transferencia mediante, en un análisis. El síntoma no está dirigido al Otro, no es un mensaje al Otro, su naturaleza es el goce. El síntoma es goce, goce revestido. En este sentido, el psicoanálisis puede proponer al síntoma como lo más propio del sujeto.

El sujeto sólo puede hablar de su cuerpo en la medida en que lo hace objeto, lo simboliza como residuo de goce. Esto nos permite pensar que lo pulsional, aquello que mueve al sujeto, que le da coloración a la vida, tiene que estar articulado a una falta y al objeto como causa de su deseo.

¿Cuál es el papel del psicoanálisis, entonces? Propiciar un salto en el que el sujeto experimente un nuevo modo de vivir la pulsión. Que el sujeto pueda preservar lo inapropiable, su singularidad irreductible, aquello irrepetible que nos hace ser a cada uno quienes somos. El encuentro con el deseo, pero no un deseo alienado a un otro, sino el propio deseo.

¿Y en relación a las ficciones, que se encuentran tan contaminadas por el capitalismo? Tal vez, llevar a cada sujeto al encuentro con sus ficciones, para poder

14

ubicarse como cuerpo con su síntoma, para poder encontrarse con su deseo. Reducir las ficciones de masas a ficciones individuales, sería un posible trabajo de desmitificación. Por la vía del psicoanálisis el sujeto puede poner en palabras su malestar, el que se expresa en los cuerpos, por medio de los padecimientos subjetivos que lo aquejan. Esta tarea es fundamental en este tiempo de declinación simbólica, en la que cada vez se cuenta con menos herramientas simbólico-imaginarias para poder verbalizar el dolor de existir.

Referencias bibliográficas:

Alemán, J. (2016). *Horizontes neoliberales en la subjetividad*. Olivos: Grama Ediciones

Fernandez Miranda, J. (2019). *El trabajo de lo ficcional: Problemáticas actuales en*

clínica psicoanalítica con niños. Buenos Aires, Argentina: Letra Viva.

Freud, S. (1979). Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Sigmund Freud: obras completas* (Vol. XIX, p.1- 66). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

Freud, S. (1992). El yo y el ello. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Sigmund Freud: obras completas* (Vol. XIX, pp. 57-140). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

Lacan, J. (2015b). *El seminario de Jacques Lacan: libro 10: La angustia*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Lacan, J (2015a). *El seminario de Jacques Lacan: libro 20: Aun*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Lacan, J. (1975). Conferencia en Ginebra sobre el síntoma. *Revista Le Bloc-Notes de la psychanalyse* (5), pp. 5-23. Bruselas.

Pommier, G. (1993). *El cuerpo. El psicoanálisis frente al orden biológico. Coloquio internacional*. Buenos Aires, Argentina: Kliné

Pommier, G. (2002). *Los cuerpos angélicos de la posmodernidad*. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión

Schejtman, F. (2013). *Sinthome: Ensayos de clínica psicoanalítica nodal*. Buenos Aires: Grama Ediciones.